

QUERIDO JULIO

Por Mariana Sánchez
4º año Letras

Miraba en el espejo con la vista perdida, tan nublada que parecía llegar a empañarlo con la sola respiración consternada de los ojos color mar. Como si detrás de ese mundo plateado hubiera otro más verdadero y profundo. Quién pudiera ver lo que tus ojos, Julio; quién pudiera tenerlos por un instante para que con tu voz y tu mano transmitan lo que vos nos diste a todos los que te conocemos y te amamos.

Te vi navegar hasta esa tierra, concentrarte tan dulce y severo que parecías siniestro. Cuánto daría por recuperar ese momento. Volver a verte hundido en el espejo. Un espejo que no reflejaba a un hombre ni a una imagen, sino a un sueño. El sueño del hombre, del mar y del viento, del silencio y las palabras, los cuentos. Pero así es el tiempo, todo lo devora y se lo lleva dejándonos con el recuerdo, o quizá con la grata fantasía de creer que estamos recordando. No me canso de leerte y escucharte, aunque en vano intente ver lo que veías.

No podré olvidar jamás la tarde de un agosto porteñísimo cuando entré a tu cuarto y te vi ahogado en el espejo. Sentado en una banqueta vieja, bien cerca de tu propia imagen, tan absorto en ella que ni siquiera me oíste entrar. Por un instante pensé que no respirabas y me asusté, pero de pronto, sin apartar un punto tus pestañas detenidas en el tiempo, entreabriste los labios y, como exhalando todo el aire contenido, dijiste: *¿Por qué tiene que disfrazarse el mundo?* Y entonces por primera vez vi la humedad y el miedo en tus ojos. Tal vez me equivoqué y no era miedo, sino desilusión y tristeza. Pero me parecía mentira porque hasta ese momento lo único que había observado en vos eran la risa y el juego. Eras muy joven y, sin embargo, tenías una inteligencia tan aguda como la de un adulto que ya ha pasado por todas las experiencias de la vida.

Me impresionó verte así, pálido y profundo, abismado. Fijé cautelosamente mi vista en ese espejo, junto con la tuya, para ver lo que veías. Me perdí en una especie de milagro, en un mundo

fantástico. Pero, desde la poca conciencia que conservé, me di cuenta de que no era el efecto del espejo mágico lo que me perdía, sino la maravilla de tu sueño. Soñé con vos hasta extraviarme en el mar. Si alguna vez te hubiera dicho lo que vi... Pero no era una

historia para ser contada y menos en ese momento en que lo único que importaba era permanecer dentro del alma.

Por eso te lo cuento ahora que soy vieja y que ya no estás. Digo que entré en el mar, me sumergí hasta ese lugar a donde nunca viajó el hombre. El Hombre, que se ha empeñado siempre tanto por pisar la luna, por morir en el espacio en una tarea heroica y que, sin embargo, nunca se preocupó por llegar a este lugar. Vi aves que entonaban allí abajo la más increíble melodía y el agua era tan tersa que su vaivén por mi piel era como la caricia del enamorado. Allí escuché tu voz que repetía desde lo lejos *¿Por qué el mundo tiene que andar disfrazado?*, y se perdía con el canto de las aves y las olas. Oí el eco de tu suspiro aterciopelado y ya entonces perdí todo rastro de conciencia. Cuando volví a la superficie, me encontré tendida en la orilla de un paraíso y lo que vi fue aún más deslumbrante que lo anterior. A lo lejos se acostaba un horizonte vestido de todos los tonos y de ningún color, detenido y encantado, enceguecido por el brillo del sol. Un sol como no he visto otro, de un rojo furioso con una sonrisa amarilla a medio pintar. No podía moverme, pues toda esa belleza inaudita empezaba a marearme. Sentí una conmoción tan inmensa en el pecho que me asusté: sabía que mi alma por ser mortal no iba a contener tanto. Pero entonces el temblor se detuvo cuando vi cómo entre las olas, muy cerca de ese horizonte infinito, empezaban a levantarse figuras doradas y fantasmagóricas. Vi a Circe; Johnny Carter con su saxo; Clara, la señorita de *Omnibus*; Irene y su hermano, cuya casa fue tomada; Nino, Isabel, Rema y el tigre de *Bestiario*; al inquilino de Andréé, la Señorita de París, con todos sus conejitos de felpa; Alina Reyes; el oso de las cañerías; las gotas de lluvia suicidas; a la Maga y al bebé Rocamadour; a la familia de la calle Humboldt, y a muchos otros, infinidad de ellos. Ya lo sabés porque vos también los estabas viendo.

Y por encima de todos ellos, junto o frente al gran sol –ya no sé dónde porque todas las figuras eran retazos de viento con color que se superponían– estaba tu reloj. Un reloj con diamantes y oro, con las agujas de rubí y los números en esmeralda, el calabozo de aire que tanto odiabas. Pensé que quizá yo me había olvidado y hoy era tu cumpleaños, por eso estarías triste, acongojado, mirando pasar el tiempo y maldiciendo por dentro a ese infierno que tenía el mismo tamaño del sol y que venía a empañar, con su insoportable condición, la luz del paraíso. Pero enseguida comprendí que no era tu cumpleaños, sino el del Reloj. Nosotros éramos los regalados para el cumpleaños del reloj.

El sol empezaba a ponerse y las figuras de tus relatos empezaban a descomponerse, desvaneciéndose como creaciones de cera que volvían a la eternidad de la que habían surgido, y el monstruo se preparaba para dar las doce de la noche. Un resplandor violento, causado por el choque de un haz de luz con un pequeño rubí, fusionó la luz del Sol con la del Tiempo y me quemó los ojos, obligándome a volver. Al resurgir me encontré en tu cuarto, en la casa de Banfield, una pequeña localidad de la provincia de Buenos Aires, una casa llena de gatos, perros, tortugas y cotorras: el paraíso, donde vos, en efecto, eras Adán. Te vi en el espejo, apagado y melancólico, con un par de anteojos suspendido en la mano, a punto de resbalarse de entre tus dedos inertes, como cuando mirabas desde la ventana la tarde sombría y lluviosa de París y soñabas con Buenos Aires. Pero el juego te había vuelto a los ojos y la luz del sol encandilaba tu mirada con otro calor. Una lágrima rodaba lenta por tu mejilla como las gotitas de la lluvia que se engordan en la caída y quedan pendientes del marco de la ventana, las patitas vibrando en el aire y las uñas prendidas al vidrio para no caer y morir. En ese instante vi también en el espejo las agujas de un antiguo reloj de madera, viejo y enmohecido, que había pertenecido a tu abuelo y que pendía de la pared como suspendido en tu propio tiempo. Señalaba las doce del mediodía con una pereza que daba miedo; parecía que iba a dejar la vida en cualquier mo-

mento.

Cuando bajé la vista me estabas mirando a través del espejo por primera vez desde que había entrado a tu cuarto lleno de discos y libros. Sin decir palabra abriste una sonrisa, felicísimo regalo para mi corazón, y secaste tu mejilla otra vez rosada. Parecías un niño tímido y avergonzado, no sé, tal vez por haberme dejado viajar a lo más profundo de tu sueño. Te abracé suavemente, comprendiéndote ahora más que nunca y te dije *Feliz cumpleaños, Julio*. Y vos me contestaste en un hilo de voz *¿Por qué tiene el mundo que andar disfrazado?* Entonces los dos rompimos a llorar.

La angustia y el calor de las lágrimas en el rostro y el cuello me despertaron, y aún el eco de tus palabras resonaba en todo mi cuerpo, en mi cuarto, en mi silencio. Descubrí un resabio de sueño deslizándose por entre mis sábanas, provocándome un grato escalofrío en la piel. A mi lado yacían despiertos *Bestiario*, ese libro chiquito de tapa verde chillón, de donde se habían escapado todos los conejitos de felpa, y la revista *La Maga*. Sobre la mesita de luz reposaba una pila de libros tuyos, en cuya cima estaba ese que tanto me gustó, *El Perseguidor*, y desde el grabador se oía el ronroneo de la cinta de un cassette con lecturas tuyas que se había terminado y que seguía girando. No pude moverme, pero las lágrimas no cesaban de empapar mi cara, resbalándose hasta mi pecho, y la gravedad de tu voz inundaba el cuarto con mezcla de perfume a lavanda y llovizna de París, ese olor a tierra húmeda que presagia tormenta. El aire era denso y un rayo de luna se filtraba indiscreto hasta detenerse cerca de

mi reloj despertador blanco volviéndolo platinado. Sentí el clic del grabador cuando la cinta había terminado de girar y me invadió una nostalgia enorme de esa pronunciación tan linda que vos tenés de las erres. Intenté reproducir el sonido argentino afrancesado, hasta que el sueño empezó a vencerme la voz y la mirada. Antes de quedarme dormida sólo alcancé a decir *Gracias, Julio, gracias por tanta delicia, por tu recuerdo inmortal y gracias, ante todo, por la inspiración de mis sueños.*

